

La sombra de Gundabad

Omar Pablo López Barranco

El eco del pasado

Las fraguas de Erebor nunca permanecían en silencio. Desde el alba hasta mucho después de que las sombras cubrieran el Valle, el golpe de los martillos resonaba bajo la Montaña Solitaria como el latido de un inmenso corazón de piedra. El hierro cantaba al recibir el fuego; las ruedas de los tornos giraban sin descanso; los carros cargados de mineral recorrían galerías iluminadas por lámparas de aceite cuya luz se reflejaba en columnas pulidas siglos atrás.

Hacía décadas que el dragón había sido derrotado y el reino había recobrado su antiguo esplendor. Bajo el gobierno de Dáin Pie de Hierro, los talleres trabajaban para los enanos, para los hombres de Valle y para comerciantes llegados desde lejanas tierras. Se restauraban salones olvidados, se abrían nuevas minas y las antiguas puertas de la montaña volvían a recibir visitantes sin temor.

Borin caminaba por uno de aquellos pasajes con un martillo ligero apoyado sobre el hombro. A diferencia de muchos de sus compañeros, llevaba el jubón de cuero sin cota de malla. En la cintura colgaban cinceles de diferentes tamaños, una escuadra de hierro y una pequeña bolsa de tiza blanca.

Algunos decían que era un cantero. Otros, un ingeniero de minas. Él prefería pensar que simplemente escuchaba a la montaña.

No era el más fuerte entre los suyos ni el más hábil con el hacha. Había aprendido a defenderse, como cualquier enano digno de ese nombre, pero jamás habría destacado en la Guardia de Hierro. Su don era otro.

Sabía distinguir una grieta peligrosa por el sonido del cincel. Era capaz de calcular el peso que soportaba un arco excavado generaciones atrás y descubrir pasadizos ocultos observando apenas una irregularidad en el veteado de la roca.

Mientras otros miraban la piedra, Borin veía decisiones tomadas por artesanos muertos hacía siglos.

Aquella mañana supervisaba la ampliación de una antigua galería oriental. Los mineros habían encontrado un muro inesperado, construido con bloques perfectamente ajustados que no figuraban en ninguno de los planos conservados en los archivos reales.

—No lo derribéis todavía —ordenó.

Borin se acercó despacio al extraño muro. Pasó la mano sobre la superficie y, con un pequeño cepillo de cerdas, fue retirando siglos de polvo acumulado. A medida que la piedra quedaba al descubierto, comprendió que había algo inusual en aquella construcción. Las juntas entre los bloques eran tan finas y precisas que resultaba imposible atribuir las a una obra reciente. Aquello había sido levantado por maestros canteros de una época muy anterior.

—¿Qué ocurre, maestro? —preguntó uno de los obreros.

Borin no apartó la vista de la pared mientras seguía recorriendo con los dedos las uniones de la roca. Después de unos instantes, respondió con calma.

—Este muro no sostiene la montaña.

El minero frunció el ceño, incapaz de comprender el significado de aquellas palabras.

—Entonces, ¿qué sostiene?

Una leve sonrisa apareció bajo la espesa barba de Borin.

—Un secreto.

Pidió que le trajeran herramientas más delicadas y ordenó a los trabajadores que abandonaran los picos pesados. Durante horas retiraron una pieza tras otra con infinita paciencia, procurando no romper ninguna ni alterar la disposición original del muro. El trabajo avanzó lentamente, pero Borin no permitió atajos. Sabía que una construcción tan vieja merecía el mismo respeto que cualquier obra viva.

Cuando el sol comenzaba a ocultarse tras las cumbres, apareció un pequeño nicho cuadrado oculto en el interior del muro. Estaba sellado por una losa cuidadosamente encajada y cubierta por unas runas tan desgastadas que apenas podían distinguirse bajo la suciedad y el paso de los siglos.

Los obreros se acercaron con curiosidad, pero ninguno fue capaz de reconocer aquellos signos.

Borin sí.

No podía leerlos por completo, aunque identificó de inmediato varios trazos pertenecientes a una forma muy antigua de la escritura enana. Eran caracteres que apenas aparecían

ya en los archivos más vetustos de Erebor y que solo unos pocos estudiosos eran capaces de identificar.

Con extremo cuidado introdujo una fina palanca bajo el borde de la losa y la levantó lentamente. El silencio se extendió por la galería mientras todos observaban el contenido del nicho.

No había joyas ni armas ni cofres ocultos. Solo un cilindro de cuero endurecido por el tiempo, protegido del aire durante incontables generaciones.

Borin lo tomó entre las manos con la misma delicadeza con la que un escriba sostendría un manuscrito irrepetible. El cuero crujió levemente cuando comenzó a desenrollarlo, y durante unos instantes temió que pudiera deshacerse entre sus dedos. Sin embargo, el material había resistido sorprendentemente bien el paso de los siglos.

Poco a poco apareció el verdadero tesoro. Era un mapa.

La tinta había perdido buena parte de su intensidad, pero aún podían distinguirse cadenas montañosas, corredores subterráneos y numerosos símbolos enanos trazados con una caligrafía tan antigua que apenas se utilizaba ya en la Tierra Media. No era un simple plano de galerías, sino la representación de toda una región situada muy al norte.

Borin sintió un escalofrío en cuanto reconoció la silueta de la montaña principal: el Monte Gundabad.

Su respiración se hizo más lenta mientras contemplaba el pergamino. Aquel nombre no pertenecía únicamente a la geografía. Para cualquier enano era mucho más que una montaña perdida entre las cumbres del norte. Era uno de los lugares más antiguos y sagrados de la memoria de su pueblo, un nombre que despertaba respeto, orgullo y tristeza a partes iguales.

Según las tradiciones más ancestrales, allí habían despertado los primeros enanos bajo las estrellas, antes incluso de que existieran muchos de los reinos cuyos nombres llenaban ahora los libros de historia.

Sobre el mapa destacaba una única anotación escrita con trazos firmes:

«La Cámara de los Padres permanece sellada».

Nada más. No había indicación alguna de oro. Ni de armas. Ni de salones repletos de tesoros.

Solo aquella frase. Borin volvió a leerla varias veces. Cuanto menos decía el mapa, más preguntas despertaba.

Dos días después, el hallazgo fue presentado ante el Consejo de Ancianos de Erebor. La estancia estaba calentada por braseros de carbón, y el aire olía a pergamino viejo y piedra húmeda. Los consejeros estudiaban el mapa con expresiones difíciles de interpretar. El primero en hablar fue Thrainar, uno de los más veteranos.

—Si este documento ha permanecido oculto tanto tiempo, debió de existir una razón. Otro anciano asintió lentamente.

—Nuestros antepasados sellaban aquello que no deseaban volver a encontrar. Desde el otro extremo de la mesa intervino Fundin, guardián de los archivos.

—O aquello que esperaban que sus descendientes recuperasen cuando llegara el momento adecuado.

Las miradas comenzaron a cruzarse.

—Gundabad está maldito desde hace generaciones —dijo alguien—. Solo quedan orcos y ruinas.

—Precisamente por eso conocemos tan poco de nuestra propia historia —replicó Fundin—. ¿Cuántos nombres hemos perdido? ¿Cuántos juramentos? ¿Cuántas obras de nuestros mayores?

Thrainar apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Algunas puertas deben permanecer cerradas.

—¿Y si detrás de esa puerta se encuentra el origen de nuestro pueblo? —preguntó otro consejero.

El debate fue creciendo como una fragua alimentada por nuevos fuelles.

Había quienes defendían destruir el mapa aquella misma noche para impedir que la codicia condujera a más enanos hacia una muerte inútil.

Otros sostenían que quemarlo equivaldría a renunciar para siempre a una parte de la memoria de Durin y de los primeros Padres.

Borin permanecía en silencio. Sentía el peso de todas aquellas voces, pero su atención seguía fija en la inscripción. No hablaba de riqueza. No prometía gloria. Solo afirmaba que una cámara continuaba sellada. Y, por algún motivo que ni él mismo comprendía, aquella sencilla frase le parecía mucho más inquietante que cualquier leyenda sobre tesoros escondidos.

Cuando el consejo suspendió la sesión sin alcanzar un acuerdo, el mapa volvió a enrollarse cuidadosamente. El destino del pergamino quedaba en suspenso. Con él, también el de Borin.

Mientras abandonaba la sala, tuvo la impresión de que una parte de la historia de su pueblo acababa de despertar bajo el polvo de los siglos, como una piedra antigua que, tras un leve movimiento, anuncia un derrumbe mucho mayor.

La expedición

La discusión en el Consejo de Ancianos se prolongó durante tres jornadas. Aunque el mapa permanecía cuidadosamente guardado en los archivos de Erebor, parecía ejercer una influencia silenciosa sobre quienes lo habían contemplado. Ninguno de los consejeros podía ignorar la anotación que Borin había descubierto en el pergamino. Cuanto más se analizaba aquella escueta frase, más evidente resultaba que había sido escrita para advertir a quienes la leyeran, no para despertar su codicia.

El cuarto día, Dáin Pie de Hierro convocó una sesión definitiva. El gran salón estaba lleno, pero reinaba un silencio respetuoso cuando el rey ocupó su asiento de piedra. Su barba, ya completamente gris, descansaba sobre la coraza de escamas oscuras que llevaba incluso en las reuniones del consejo, como si nunca olvidara que la paz era un bien demasiado reciente para darla por segura.

Borin permanecía entre los asistentes sin apartar la vista del suelo. Nunca había esperado comparecer ante el rey por un descubrimiento semejante. Su trabajo consistía en reparar galerías, reforzar pilares y estudiar planos antiguos, no en participar en asuntos que afectaban al destino de todo un pueblo.

Dáin tomó el mapa entre sus manos y lo desplegó sobre la mesa. Sus ojos recorrieron lentamente las líneas desvaídas hasta detenerse en la inscripción que todos conocían ya de memoria.

—Si este documento fuera un simple anuncio de riquezas —dijo finalmente—, ya lo habría arrojado al fuego.

Algunos ancianos asintieron de inmediato.

—Los tesoros son una tentación que demasiadas veces ha llevado a los nuestros a la desgracia. Pero aquí no se habla de oro ni de piedras preciosas. Se habla de una cámara sellada en Gundabad, y ese nombre pesa más que cualquier riqueza.

El anciano Thrainar dio un paso al frente.

—Precisamente por eso deberíamos destruir el mapa. Gundabad pertenece ahora a los orcos. Nada bueno puede encontrarse allí.

Antes de que nadie respondiera, Fundin, guardián de los archivos, levantó la cabeza.

—¿Y si precisamente por haber renunciado a Gundabad ignoramos una parte de nuestra propia historia?

Un murmullo recorrió la sala.

No era la primera vez que aquella idea se expresaba, pero pronunciada delante del rey adquiriría un peso distinto.

Dáin permaneció largo rato en silencio. Finalmente habló con la serenidad de quien ha aprendido a desconfiar tanto de la impaciencia como del miedo.

—Nuestros enemigos conocen bien el valor del oro, pero ignoran el valor de la memoria. Un reino puede sobrevivir después de perder sus riquezas. No ocurre lo mismo cuando olvida quién fue.

Las palabras quedaron suspendidas bajo las bóvedas del salón.

—No enviaremos un ejército. Eso solo llamaría la atención de los orcos que aún infestan el norte, donde las Montañas Nubladas se unen con las Grises. Tampoco proclamaremos una gran expedición. Partirá un grupo reducido. Si encuentran únicamente ruinas, regresarán. Si descubren algo digno de conservar, volverán con ello. Y si el mapa encierra un peligro que nuestros antepasados quisieron ocultar, serán ellos quienes deban juzgarlo.

Aquella decisión no satisfizo por completo a ninguno de los bandos, lo que probablemente significaba que era la más ponderada.

Durante los días siguientes comenzaron los preparativos con una discreción poco habitual para una empresa organizada por los enanos de Erebor. No hubo ceremonias ni anuncios públicos. Los talleres fabricaron herramientas nuevas mezclándolas con pedidos ordinarios para no despertar sospechas, y las provisiones se almacenaron en pequeños cargamentos que abandonaban la montaña por distintas puertas.

Borin conoció entonces a los compañeros con quienes compartiría el viaje.

El capitán sería Farin, un veterano cuya barba mostraba tantas hebras blancas como cicatrices cubrían sus manos. Había combatido junto a Dáin durante la Batalla de los Cinco

Ejércitos y desde entonces dirigía patrullas en las rutas comerciales entre Erebor y las Colinas de Hierro. No era un enano de muchas palabras, pero bastaba observar cómo los guerreros se cuadraban a su paso para comprender el respeto que inspiraba.

—No confundas prudencia con cobardía —le dijo durante el primer entrenamiento conjunto—. Quien vuelve con vida puede contar lo que ha visto. Quien busca la gloria suele convertirse en parte del paisaje.

Borin comprendió enseguida que aquel veterano no permitiría imprudencias.

El segundo miembro era Nali, un cronista de los archivos reales. Apenas levantaba la vista de los cuadernos donde anotaba todo cuanto veía. Medía galerías, copiaba inscripciones y preguntaba el nombre de cualquier herramienta cuya forma desconociera. Su entusiasmo por los documentos antiguos solo era comparable al de Borin por las construcciones de piedra.

—Si ese mapa es auténtico —comentó mientras preparaba tinta fresca para el viaje—, podríamos encontrar testimonios anteriores incluso a la fundación de Khazad-dûm.

Dori, el herrero elegido para acompañarlos, soltó una carcajada.

—Tú solo piensas en pergaminos.

—Y tú solo piensas en martillos.

—Al menos los martillos sirven para abrir puertas.

—Y los libros para saber si conviene abrirlas.

Aquella discusión se repetiría muchas veces antes de abandonar Erebor.

El único integrante que no pertenecía al pueblo de Durin era Haldor, un explorador del reino de Valle. Delgado, silencioso y de mirada siempre atenta, conocía los senderos del norte mejor que la mayoría de los enanos conocían sus propias galerías. Había guiado caravanas hasta los límites de las Montañas Grises y sobrevivido a más encuentros con trasgos de los que le gustaba recordar.

—Las montañas hablan poco —dijo al reunirse con el grupo—, pero quienes viven en ellas dejan huellas. Si los orcos siguen utilizando antiguos pasos, procuraré encontrarlos antes de que ellos nos encuentren a nosotros.

Completaban la expedición dos guerreros enanos escogidos por Farin: Bofri y Kili, ambos jóvenes para los estándares de su pueblo, aunque ya curtidos en la protección de caravanas. Su misión era sencilla: mantener con vida al resto de la compañía.

Cuando todo estuvo dispuesto, el rey quiso despedirlos en una estancia mucho más modesta que el gran salón del trono. Solo estaban presentes los siete viajeros y unos pocos consejeros.

Dáin contempló uno por uno los rostros de quienes partirían hacia el norte.

—Recordad bien por qué vais —dijo con voz grave—. No os envío a buscar riquezas. Erebor posee oro suficiente. No os envío a conquistar fortalezas. Bastantes guerras hemos librado ya. Os envío porque Gundabad fue la cuna de Durin, y ningún pueblo debería aceptar que el lugar donde comenzó su historia permanezca envuelto para siempre en el olvido.

Ninguno respondió.

Todos conocían el peso de aquel nombre. Gundabad no era únicamente una montaña ocupada por los orcos. Era el lugar donde, según las tradiciones más antiguas, Durin el Inmortal había despertado en los primeros días del mundo. Pensar que bajo aquellas cumbres pudieran permanecer intactos vestigios de ese pasado convertía el viaje en algo más que una expedición.

Era, para los enanos, una peregrinación.

Cuando abandonaron Erebor al amanecer siguiente, las primeras luces del sol apenas comenzaban a iluminar la Puerta Principal. Los comerciantes iniciaban sus tareas cotidianas sin prestar atención a la pequeña compañía que avanzaba hacia el norte. Aquello convenía a todos. Cuantos menos conocieran el verdadero propósito del viaje, menos probabilidades habría de que la noticia llegara a oídos equivocados.

Borin volvió la vista una última vez hacia la Montaña Solitaria. Ignoraba cuánto tiempo permanecerían fuera o si todos regresarían. Sin embargo, mientras ajustaba la correa que sujetaba el cilindro donde viajaba el antiguo mapa, comprendió que el verdadero tesoro que buscaban no podía medirse por su valor ni pesarse en una balanza. Si la Cámara de los Padres seguía existiendo, quizá ocultara la parte de la historia que generaciones enteras habían perdido, y esa posibilidad bastaba para justificar un camino que ningún enano había recorrido voluntariamente desde hacía siglos.

Las montañas

Los primeros días de viaje transcurrieron sin incidentes. La compañía avanzó hacia el norte siguiendo las rutas comerciales que unían Erebor con los asentamientos de los hombres del Valle, pero pronto abandonó los caminos transitados para internarse en una región

donde las sendas dejaban de pertenecer al presente y comenzaban a formar parte de la memoria. Allí no había caravanas ni puestos de vigilancia ni columnas de humo que anunciaran aldeas cercanas. Solo las laderas interminables de las Montañas Grises, cuyos perfiles se recortaban contra el cielo con una severidad que parecía inmune al paso de las edades.

Haldor caminaba siempre unos cientos de pasos por delante del resto. Su experiencia como explorador le permitía descubrir rastros casi invisibles para los demás, aunque la mayor parte del trayecto avanzaba sin pronunciar palabra. De cuando en cuando levantaba una mano para indicar un cambio de dirección o se detenía unos instantes a estudiar el terreno antes de reanudar la marcha.

Borin, por su parte, apenas podía contener la fascinación que le producían las construcciones que aparecían dispersas entre los riscos. A ojos de cualquiera no eran más que bloques de piedra medio cubiertos por el musgo o escalones deformados por siglos de abandono. Sin embargo, él reconocía enseguida la mano de los antiguos maestros enanos.

En una ocasión se arrodilló junto a un muro derrumbado y apartó con cuidado la vegetación que ocultaba varias runas casi borradas.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Nali, acercándose con su cuaderno ya abierto.

—Una marca de dirección.

El cronista observó la piedra con atención.

—No veo nada.

—Porque el tiempo ha desgastado el relieve. Mira aquí.

Borin pasó los dedos por una hendidura apenas perceptible.

—Este símbolo indicaba el camino hacia una galería principal. La colocaban para orientar a los viajeros cuando la nieve cubría los senderos.

Nali copió las runas con la precisión de quien teme que un simple descuido pueda borrar para siempre un fragmento de la historia.

—Cuesta imaginar que estas montañas estuvieran llenas de vida.

—Lo estuvieron —respondió Borin mientras se incorporaba—. Mucho antes de que los orcos ocuparan estos pasos, los enanos viajaban de una fortaleza a otra sin abandonar nunca sus propias rutas.

Continuaron avanzando durante varias jornadas siguiendo aquellas antiguas vías de piedra. Aunque muchas habían cedido bajo el peso de los inviernos, todavía conservaban una

elegancia sobria que hablaba del orgullo de sus constructores. Los peldaños estaban tallados directamente en la roca viva y las curvas del trazado evitaban con inteligencia los desprendimientos y los barrancos más peligrosos.

Farin caminaba con frecuencia junto a Borin.

—Los antepasados construían para mil años —comentó mientras ascendían una escalinata parcialmente derruida.

Borin negó con una sonrisa.

—Construían para siempre. Fueron las guerras las que decidieron otra cosa.

Aquellas palabras quedaron resonando en su memoria cuando, poco después, alcanzaron el primero de los grandes puentes que cruzaban un profundo abismo.

O lo que quedaba de él.

Las bases seguían firmemente ancladas a ambos extremos del precipicio, pero el tramo central había desaparecido hacía siglos. En el fondo del barranco podían distinguirse enormes sillares dispersos entre las rocas, como los huesos de un gigante olvidado.

Haldor recorrió el borde con la mirada.

—Habrá que descender y buscar un paso más estrecho.

Farin asintió sin discutir. Nadie perdió tiempo lamentando la ruina del puente. Aquellas montañas enseñaban pronto que la nostalgia era un lujo incompatible con la supervivencia.

El descenso les ocupó casi toda la jornada. El viento silbaba entre las paredes del desfiladero y levantaba remolinos de polvo que obligaban a protegerse el rostro. Cuando finalmente alcanzaron el fondo, Borin se detuvo unos instantes para examinar varios bloques de piedra perfectamente labrados.

—Jamás se derrumbó por falta de mantenimiento.

Dori levantó una ceja.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Mira los cortes. Alguien desmontó parte de la obra antes de que cayera el resto. Probablemente quisieron impedir el paso a un ejército.

Farin contempló en silencio las ruinas.

—Quizá fueran los propios enanos durante alguna guerra.

—O quizá quienes vinieron después.

Nadie añadió nada más.

Dos días más tarde encontraron la entrada de una antigua explotación minera. El arco conservaba aún restos de inscripciones ceremoniales, aunque muchas habían sido mutiladas con golpes de pico. La oscuridad del interior parecía tragarse la luz de las antorchas apenas cruzaban el umbral.

Borin pidió unos minutos para inspeccionarla.

El suelo estaba cubierto por herramientas oxidadas, viejas vagonetas volcadas y vigas vencidas por el tiempo. Las galerías principales permanecían estables, pero era evidente que nadie extraía mineral allí desde hacía generaciones.

Mientras recorrían la mina, Nali encontró una lámpara de aceite apoyada sobre una repisa.

—No parece muy antigua.

Haldor se acercó de inmediato. Tocó con la yema de los dedos el depósito ennegrecido y olfateó el metal.

—Ha sido utilizada hace poco.

Aquellas palabras bastaron para que todos llevaran la mano al arma.

La mina permanecía en silencio, salvo por el lento goteo del agua cayendo desde las grietas del techo. Salieron al exterior sin haber visto a nadie, pero la tranquilidad del viaje había comenzado a resquebrajarse. A partir de entonces las señales fueron apareciendo con inquietante regularidad. Una tarde descubrieron los restos de una hoguera cuyos carbones todavía conservaban calor bajo una capa de ceniza. El fuego no podía llevar apagado más de un día. En otra ocasión Haldor encontró profundas huellas marcadas sobre un terreno húmedo. Se agachó para examinarlas con detenimiento y frunció el ceño.

—Orcos.

—¿Cuántos? —preguntó Farin.

—Más de media docena. Quizá una docena completa. Es difícil saberlo. Han procurado caminar sobre roca siempre que les ha sido posible.

Aquello resultaba aún más preocupante. Los orcos rara vez se molestaban en ocultar su rastro salvo cuando temían ser perseguidos o cuando eran ellos quienes seguían a otra presa.

Los viajeros extremaron las precauciones. Encendían fuegos pequeños, evitaban pernoctar en el mismo lugar y procuraban avanzar durante las primeras horas del día, cuando la luz ofrecía mayor seguridad.

Sin embargo, lo que más inquietó a Borin no fueron las huellas. Fue un túnel.

Lo encontraron al borde de un valle estrecho. La entrada pertenecía claramente a una antigua obra enana, pero alguien había retirado recientemente los escombros que durante décadas habían bloqueado el acceso. Las marcas de las palas seguían visibles en la tierra removida, y varias piedras habían sido apartadas con un esfuerzo considerable. Borin recorrió lentamente el contorno de la excavación.

—Esto no lo ha hecho la lluvia.

—Ni el azar —añadió Dori.

Farin observó la oscuridad que se abría más allá de la entrada.

—Alguien busca algo.

Nadie respondió. La misma idea había cruzado ya por la mente de todos.

Cuando cayó la noche instalaron el campamento en un pequeño saliente protegido del viento. Apenas hablaron durante la cena. Incluso Dori, que acostumbraba a romper cualquier silencio con alguna historia de fragua o de taberna, permanecía pensativo mientras afilaba distraídamente el filo de su hacha.

Borin se ofreció para la última guardia. Permaneció sentado junto a una roca observando la inmensidad de las montañas iluminadas por la luna. Todo parecía inmóvil. Ni una sombra se desplazaba entre los riscos ni un sonido alteraba el murmullo constante del viento. Y, sin embargo, no conseguía librarse de una sensación cada vez más intensa. No era el miedo que produce un enemigo visible ni la incertidumbre de un camino desconocido. Era la incómoda certeza de que la compañía ya no viajaba sola. En algún lugar, oculto entre aquellas montañas antiguas, unos ojos invisibles seguían cada uno de sus pasos con una paciencia que resultaba mucho más inquietante que cualquier ataque abierto.

La puerta sellada

El paisaje comenzó a cambiar al quinto día de internarse en las estribaciones septentrionales de las Montañas Grises. Los senderos abiertos desaparecieron casi por completo y fueron sustituidos por estrechas cornisas que serpenteaban entre paredes de roca oscura. Allí el viento parecía no descansar jamás. Descendía desde los picos con un silbido perpetuo que se colaba entre las grietas y convertía cualquier conversación en un esfuerzo. Incluso Haldor, acostumbrado a los parajes más inhóspitos del norte, reconoció que avanzaban por un territorio donde apenas quedaban huellas de viajeros recientes.

Sin embargo, Borin estaba convencido de que seguían el camino correcto.

Cada cierto tiempo se detenía para comparar el antiguo mapa con el relieve de las montañas. El pergamino no representaba distancias con precisión, sino relaciones entre valles, cumbres y antiguas obras enanas. Lo que a ojos de otro habría parecido un conjunto de líneas confusas adquiriría sentido para él cuando observaba las formas de la roca.

Durante la mañana del sexto día llegaron a una garganta estrecha, oculta entre dos enormes paredones de granito. La entrada apenas era visible desde el valle y quedaba protegida por un desprendimiento ocurrido muchos años atrás. Grandes bloques de piedra cubrían casi por completo el acceso, como si la propia montaña hubiera querido borrar cualquier rastro de lo que existía detrás.

Haldor fue el primero en alzar la mano para detener al grupo.

—Aquí termina un rastro.

Todos guardaron silencio.

El explorador se agachó y señaló el suelo. Entre la grava aún podían distinguirse las marcas de varias pisadas deformadas por la lluvia reciente.

—Orcos —murmuró Farin.

Haldor asintió.

—No son muchos, pero han pasado por aquí. Hace varios días, quizá una semana.

Borin levantó la vista hacia el derrumbe.

—Entonces también buscan este lugar.

Nadie respondió, aunque ninguno parecía dispuesto a abandonar la expedición por ese motivo.

Durante horas retiraron piedras utilizando palancas y cuerdas. El trabajo resultó lento, no tanto por el peso de los bloques como por el cuidado con que Borin insistía en mover cada uno de ellos. Varias veces ordenó detenerse para estudiar la disposición del derrumbe.

—Esto no fue completamente natural —explicó mientras examinaba una enorme losa inclinada—. Parte de la boca fue sellada deliberadamente y, mucho después, la montaña hizo el resto.

—¿Quién querría ocultar una puerta tan grande? —preguntó Nali.

Borin apoyó la mano sobre la roca.

—Quien deseara que nadie la encontrara jamás.

Al caer la tarde consiguieron despejar un espacio suficiente para contemplar la verdadera magnitud del acceso.

La puerta permanecía intacta.

Era mucho más alta que cualquiera de las entradas secundarias de Erebor y estaba formada por dos inmensas hojas de piedra negra encajadas con una precisión extraordinaria. Los siglos habían cubierto la superficie de líquenes y grietas superficiales, pero la estructura conservaba una solidez que parecía desafiar al tiempo.

Ninguna estatua custodiaba el umbral. Ningún relieve mostraba reyes victoriosos o montañas de oro. Solo había piedra. Y runas.

Miles de diminutas runas recorrían toda la superficie formando círculos concéntricos alrededor de un símbolo central que ninguno reconoció de inmediato.

Nali dejó escapar un suspiro.

—Jamás había visto una escritura tan antigua.

Borin acercó una lámpara de aceite y comenzó a seguir lentamente las inscripciones con la yema de los dedos. Muchas pertenecían a formas arcaicas del khuzdul que apenas sobrevivían en los manuscritos más antiguos de Erebor. Otras parecían incluso anteriores.

La traducción avanzaba con dificultad.

Al principio encontraron frases ceremoniales dedicadas a los Padres de los Enanos y referencias al deber de conservar la memoria del pueblo. Después aparecieron palabras relacionadas con el juramento, el silencio y la vigilancia.

Finalmente Borin alcanzó la inscripción situada sobre el centro de la puerta.

Permaneció inmóvil durante varios segundos.

—¿Qué dice? —preguntó Farin.

Borin respiró hondo antes de responder.

—Dice... «No despertéis aquello que no puede morir».

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Ninguno habló durante un largo instante.

Fue Dori quien rompió el silencio.

—Suena a una advertencia.

—Lo es —respondió Borin.

—O a una exageración de nuestros antepasados —replicó el herrero mientras cruzaba los brazos—. Los antiguos maestros tenían la costumbre de envolver cualquier peligro en frases grandilocuentes.

Nali seguía copiando cuidadosamente las runas.

—También podría tratarse de una fórmula ritual. Muchas cámaras funerarias utilizaban expresiones semejantes para recordar que la memoria de los antepasados nunca desaparece.

Farin contemplaba la puerta sin apartar la vista de la inscripción.

—No me gusta.

—¿Por las palabras?

—No. Porque quien grabó esto quería que cualquiera se detuviera antes de cruzar.

Borin continuó examinando la superficie. No encontró dibujos de monstruos, armas ni escenas de combate. Solo advertencias, juramentos y referencias constantes a la vigilancia.

Aquello le resultaba extraño.

Las fortalezas enanas solían celebrar los logros de sus constructores. Aquella puerta, en cambio, parecía construida para disuadir incluso a quienes compartían la misma sangre que sus creadores.

Durante la cena discutieron qué hacer.

Thrainer habría ordenado regresar sin dudar, recordó Borin. Las palabras del anciano resonaban todavía en su memoria: algunas puertas debían permanecer cerradas.

Pero Thrainer no estaba allí.

Quienes debían decidir eran ellos.

—Hemos venido desde Erebor para descubrir qué protegían nuestros antepasados —dijo Nali—. Si regresamos ahora, nunca sabremos por qué levantaron este lugar.

Dori asintió.

—Además, la inscripción no menciona ningún peligro concreto. Solo es una advertencia. Los enanos siempre hemos exagerado cuando hablamos de nuestros juramentos.

Farin permanecía indeciso.

Finalmente miró a Borin.

—¿Qué opinas?

El ingeniero tardó varios segundos en responder.

—La puerta fue construida por maestros excepcionales. Todo cuanto he visto aquí demuestra que nada se dejó al azar. Pero precisamente por eso creo que debemos entrar. Si nuestros antepasados hicieron tanto esfuerzo por proteger este lugar, comprender la razón forma parte de la historia que hemos venido a recuperar.

Haldor, que hasta entonces había permanecido callado, habló con tranquilidad.

—Los hombres tenemos un dicho. Cuando alguien levanta una cerca en medio del camino, lo prudente es averiguar primero por qué existe antes de derribarla.

Dori sonrió.

—Y nosotros tenemos otro. Ninguna puerta se construye para permanecer cerrada eternamente.

La decisión quedó tomada.

Al amanecer comenzaron a limpiar los mecanismos ocultos bajo siglos de polvo y sedimentos. El trabajo exigía paciencia y precisión, pues cualquier pieza dañada podía bloquear para siempre la antigua entrada. Borin examinó cada engranaje visible y pronto descubrió que las enormes hojas de piedra seguían apoyadas sobre pivotes de bronce cuya aleación apenas había sufrido los efectos del tiempo. Aquellos maestros constructores habían levantado una obra destinada a resistir mucho más que una vida, o incluso que un reino.

Después de varias horas de esfuerzo lograron liberar los contrapesos interiores. El sistema, aunque rígido por el abandono, seguía funcionando con una precisión admirable.

Farin observó a sus compañeros y, cuando comprobó que todos estaban preparados, dio la orden.

Cinco de ellos apoyaron los hombros contra la piedra y empujaron al mismo tiempo. Durante unos instantes no ocurrió absolutamente nada. La puerta permaneció inmóvil, como si la montaña entera se negara a ceder.

Entonces un profundo crujido recorrió las galerías.

El sonido parecía surgir de las entrañas mismas de la roca, como si gigantescas piezas olvidadas despertaran tras un sueño de incontables generaciones. Una nube de polvo descendió desde el dintel mientras las dos hojas de piedra comenzaban a separarse con una lentitud solemne, venciendo poco a poco la resistencia del tiempo.

De la abertura escapó un aire frío que permanecía encerrado desde hacía siglos. No olía a humedad, como cabría esperar de unas galerías abandonadas, ni al mineral propio de las

minas enanas. Era un aire inmóvil, antiguo, tan ajeno al mundo exterior que parecía pertenecer a otra edad de la Tierra Media.

La abertura fue ensanchándose hasta mostrar un corredor monumental que descendía hacia las profundidades de la montaña. Las sombras ocultaban su final, y la luz de las lámparas apenas conseguía penetrar unos pocos pasos en aquella oscuridad espesa.

Borin avanzó despacio y alzó la lámpara para contemplar el camino que acababan de revelar. Durante un instante permaneció inmóvil, fascinado por aquella obra olvidada cuyos constructores llevaban incontables generaciones desaparecidos.

Las ciudades perdidas

El corredor descendía con una inclinación tan suave que apenas se percibía al caminar, pero Borin comprendió muy pronto que se internaban cada vez más en las entrañas del monte. Las lámparas proyectaban una luz temblorosa sobre las paredes, revelando una piedra trabajada con una precisión que solo los mejores artesanos enanos habrían sido capaces de alcanzar. Ni una sola grieta alteraba la continuidad de los bloques. El techo, sostenido por nervaduras talladas directamente en la roca viva, parecía desafiar el peso de toda la montaña.

Lo que más sorprendía, sin embargo, era el silencio.

No era el silencio habitual de una mina abandonada, donde el agua encuentra siempre alguna fisura por la que abrirse paso y el crujido de la piedra recuerda que la montaña nunca duerme del todo. Allí reinaba una quietud absoluta, como si el tiempo hubiera dejado de transcurrir desde el día en que el último habitante cruzó aquellas galerías.

Borin avanzaba en cabeza, seguido muy de cerca por Nali. Cada pocos pasos el cronista se detenía para copiar una inscripción o dibujar un relieve parcialmente oculto por el polvo. El entusiasmo brillaba en sus ojos, aunque procuraba contenerlo para no romper la solemnidad del lugar.

—Esto es mucho más viejo que cualquier sala de Erebor —murmuró mientras repasaba con el carboncillo un conjunto de runas.

—Y distinto —respondió Borin sin dejar de observar las paredes—. Aquí no excavaron una montaña para convertirla en fortaleza. Primero eligieron este lugar y luego lo transformaron en un santuario.

Las palabras hicieron que todos levantaran la vista.

Las galerías comenzaron a ensancharse hasta desembocar en un espacio cuya magnitud los obligó a detenerse.

Ante ellos se alzaba una sala inmensa, sostenida por dos hileras de columnas tan altas que sus capiteles desaparecían en la oscuridad del techo. Cada una había sido tallada a partir de un único bloque de piedra y mostraba escenas diferentes de la historia más antigua del pueblo enano. Había figuras trabajando la roca, levantando muros ciclópeos y contemplando las estrellas desde las laderas de una montaña que ninguno de los presentes había visto jamás.

Ni siquiera Erebor poseía columnas semejantes.

Dori dejó escapar un largo silbido.

—Por la barba de Durin...

Farin no respondió. Caminó lentamente hasta una de las columnas y apoyó la mano sobre ella con el respeto que otros habrían reservado para una reliquia sagrada.

—Nadie construye algo así para almacenar mineral.

Borin asintió.

—Esto nunca fue una mina.

Continuaron explorando la sala hasta encontrar una amplia escalinata que conducía a una estancia todavía mayor. Allí comprendieron definitivamente la naturaleza del lugar.

En el centro se disponía un amplio círculo de asientos de piedra, orientados hacia una plataforma elevada. No había tronos ni adornos ostentosos. La arquitectura transmitía autoridad sin necesidad de recurrir al lujo.

Nali recorrió lentamente el perímetro.

—Una sala del consejo.

—Eso parece —respondió Borin.

Las paredes conservaban nichos donde probablemente habían descansado lámparas de aceite, y detrás del estrado principal se distinguía un enorme disco de piedra grabado con el emblema de la Casa de Durin. Aunque parte del relieve estaba erosionado, todavía podía reconocerse la figura estilizada de la corona estrellada.

—Aquí debieron reunirse los grandes señores de los clanes —dijo Farin en voz baja.

Nadie alzó el tono por encima de un susurro.

Aquel lugar imponía un respeto difícil de explicar. No era únicamente la antigüedad de sus muros. Había en aquella sala una sensación de solemnidad que parecía sobrevivir a quienes la habían construido.

Prosiguieron la exploración durante varias horas.

Cada nuevo corredor conducía a espacios aún más sorprendentes.

Descubrieron patios interiores abiertos hacia enormes chimeneas naturales por las que, siglos atrás, debió de filtrarse la luz del día. Hallaron talleres ceremoniales donde los yunques permanecían intactos, pero sin señales de haber sido utilizados para la producción cotidiana. Encontraron galerías cubiertas de relieves que representaban el despertar de Durin el Inmortal junto a un lago bajo las estrellas, rodeado por símbolos cuyo significado solo los sabios más antiguos habrían podido interpretar por completo.

Las esculturas resultaban especialmente impresionantes.

Una de ellas dominaba una plaza excavada en el corazón de la montaña. Representaba a Durin de pie, apoyado sobre un gran martillo de piedra, con la mirada dirigida hacia el norte. No aparecía como un rey victorioso ni como un conquistador. Su expresión transmitía serenidad, casi contemplación, como si escuchara algo que los demás eran incapaces de percibir.

Borin permaneció largo rato frente a la estatua.

—Siempre imaginé que las primeras obras de nuestros antepasados serían más simples.

Nali negó lentamente.

—Quizá porque tendemos a creer que todo comienza de forma humilde. Pero es posible que ellos alcanzaran una grandeza que luego nunca volvimos a igualar.

Las palabras quedaron suspendidas entre las columnas.

Por primera vez desde que iniciaron la expedición, incluso Dori parecía incapaz de bromear.

Fue Haldor quien rompió el silencio.

—Venid a ver esto.

Lo encontraron al final de una galería lateral.

Una enorme puerta de piedra había sido arrancada de sus goznes. Tras ella se abría una sucesión de cámaras repletas de estanterías excavadas directamente en la roca.

O, mejor dicho, de lo que quedaba de ellas.

Miles de fragmentos de tablillas de piedra cubrían el suelo, mezclados con restos de pergaminos reducidos a polvo hacía incontables generaciones. Los estantes aparecían vacíos o destrozados, y muchas de las paredes mostraban profundas marcas de herramientas.

Nali cayó de rodillas.

Tomó uno de los fragmentos entre las manos con una delicadeza casi reverencial.

—Un archivo...

Su voz apenas fue un susurro.

Borin recogió otra pieza.

Todavía podían leerse unas pocas runas, aunque el resto había sido quebrado deliberadamente.

No era el deterioro natural producido por los siglos.

Alguien había destruido aquellos documentos.

—¿Orcos? —preguntó Dori.

Borin negó despacio.

—No.

Se acercó a una de las estanterías derrumbadas.

Los bloques de piedra habían sido desmontados cuidadosamente antes de caer. Varias cajas aparecían abiertas, pero no saqueadas. Los objetos más pesados permanecían en su lugar, mientras que todo lo que podía transportarse había desaparecido.

—Esto no es un saqueo.

Farin comenzó a recorrer la sala observando cada detalle.

—¿Entonces qué ocurrió?

—Se llevaron lo que pudieron.

Nali levantó la vista.

—¿Los propios enanos?

Borin permaneció unos instantes en silencio antes de responder.

—Creo que sí.

Continuaron examinando otras dependencias y la misma impresión comenzó a repetirse una y otra vez. Las viviendas estaban ordenadas, los talleres no mostraban señales de combate y no había armas abandonadas, ni esqueletos, ni muros derribados por asedios.

Las puertas permanecían abiertas, muchos cofres estaban vacíos y las herramientas esenciales habían desaparecido. Todo indicaba una evacuación, una evacuación extraordinariamente rápida.

En una pequeña estancia encontraron varias vasijas aún alineadas sobre una mesa de piedra, como si sus propietarios hubieran pensado regresar al día siguiente para terminar una comida interrumpida. En otra permanecían camas cuidadosamente preparadas, cubiertas ahora por una gruesa capa de polvo.

Aquellas escenas inquietaban más que cualquier campo de batalla.

Una ciudad conquistada hablaba de violencia.

Aquella ciudad hablaba de huida.

Cuando regresaron a la gran sala ceremonial, Farin resumió en voz alta la conclusión que todos compartían ya.

—No abandonaron Gundabad porque perdieran una guerra.

Nadie discutió sus palabras.

Borin volvió lentamente la mirada hacia la inmensa estatua de Durin.

Las lámparas proyectaban sombras cambiantes sobre el rostro de piedra, haciendo que la expresión del antiguo Padre pareciera oscilar entre la calma y la preocupación.

Si los primeros habitantes de aquella ciudad habían renunciado voluntariamente al lugar más sagrado de su pueblo, debió de ser por una amenaza capaz de vencer incluso al orgullo de los enanos.

Y esa idea resultaba mucho más inquietante que cualquier ejército de orcos que pudiera ocultarse todavía entre las montañas.

Los orcos

La prudencia obligó a la compañía a permanecer dos días enteros dentro de la ciudad sepultada. Farin no estaba dispuesto a seguir avanzando mientras ignoraran quién más recorría aquellas galerías. Los rastros encontrados en el exterior y las señales de actividad reciente no dejaban lugar a dudas: los orcos habían descubierto la entrada antes que ellos o, al menos, sabían que algo importante se ocultaba bajo las laderas de Gundabad.

Aquella certeza transformó la exploración. Las lámparas permanecían cubiertas siempre que era posible y las conversaciones se reducían a murmullos. Haldor era quien dedicaba

más tiempo a recorrer los corredores cercanos a la puerta sellada, atento a cualquier sonido que pudiera delatar la presencia de intrusos.

Fue durante una de esas vigilancias cuando regresó con expresión sombría.

—Han entrado.

Farin dejó inmediatamente el plano de piedra que examinaba junto a Borin.

—¿Cuántos?

—No lo sé con exactitud. Más de una docena, quizá veinte. Se mueven despacio, como si tampoco conocieran el lugar.

Nadie necesitó añadir nada más. La ventaja que les había proporcionado llegar primero acababa de desaparecer.

Farin reunió a todos en la antigua sala del consejo.

—Desde este momento evitaremos cualquier combate innecesario. Si nos descubren, lucharemos. Pero nuestro objetivo sigue siendo el mismo: averiguar qué ocultaban nuestros antepasados, no disputar estas ruinas a una banda de orcos.

Dori resopló mientras ajustaba el mango de su hacha.

—Será difícil razonar con ellos.

—Por eso he dicho que evitaremos encontrarlos.

Borin desplegó el viejo mapa sobre uno de los bancos de piedra.

—La ciudad es enorme. Existen decenas de corredores secundarios. Si avanzamos hacia el este, podremos mantenernos alejados de la entrada principal.

Haldor negó lentamente.

—Dependerá de lo que ellos busquen.

Aquella observación resultó más acertada de lo que ninguno imaginaba.

Al caer la tarde comenzaron a escuchar ecos lejanos. Eran voces ásperas que rebotaban contra las bóvedas y llegaban deformadas por la distancia. A veces distinguían golpes metálicos; otras, risas brutales seguidas de discusiones. Los sonidos aparecían y desaparecían sin un patrón claro, lo que demostraba que los recién llegados exploraban distintas zonas de la ciudad.

La compañía apagó todas las lámparas salvo una.

Avanzaron casi a oscuras por corredores secundarios, mientras Haldor iba comprobando cada intersección antes de permitir el paso del resto.

En una amplia galería encontraron, por fin, las primeras pruebas directas.

Varias antorchas improvisadas ardían clavadas entre las grietas de la roca. El humo todavía ascendía lentamente hacia el techo.

—Hace poco que pasaron por aquí —susurró Haldor.

Borin observó el suelo.

Había numerosas huellas.

Algunas pertenecían a orcos corpulentos, pero otras eran mucho más pequeñas. También distinguió marcas dejadas por cajas arrastradas sobre la piedra.

—Traen herramientas.

—¿Para qué? —preguntó Nali.

—No lo sé.

Continuaron siguiéndoles a una prudente distancia hasta alcanzar una galería elevada que dominaba una enorme sala ceremonial. Desde allí podían contemplar sin ser vistos cuanto ocurría abajo.

Una veintena de orcos registraba meticulosamente el lugar. No actuaban como saqueadores. No destrozaban las esculturas ni buscaban piedras preciosas. Examinaban pedestales, golpeaban los muros y removían losas del pavimento con barras de hierro.

En el centro de la sala destacaba un orco de gran tamaño cuya armadura mostraba restos de antiguas placas ennegrecidas. Sobre el casco llevaba sujeto el colmillo de un gran lobo, y la cicatriz que cruzaba su rostro desde la frente hasta la mandíbula le confería un aspecto aún más feroz.

Dos subordinados discutían delante de él.

—Aquí no hay nada.

El caudillo respondió con un gruñido.

—Seguid buscando.

—Solo encontramos piedra vieja.

El orco levantó un enorme martillo y golpeó una columna con tal fuerza que el estruendo recorrió toda la sala.

—¡Los viejos no mintieron!

Su voz resonó entre las bóvedas.

—Azog conocía estas montañas. Sus guerreros hablaron de cámaras llenas de armas hechas antes de que los enanos huyeran.

Borin intercambió una rápida mirada con Farin.

El nombre de Azog bastó para comprender quiénes eran aquellos invasores.

Uno de los orcos inclinó la cabeza.

—Azog murió.

—Pero yo desciendo de quienes lucharon junto a él.

El caudillo golpeó su pecho con el puño.

—Mi padre sirvió al hijo de Bolgo, y el padre de mi padre marchó bajo los estandartes de Gundabad cuando aún pertenecía a los orcos. Estas montañas nos devolverán el poder perdido.

Sus palabras provocaron gritos de aprobación entre los demás. Nali apenas respiraba mientras anotaba cuanto alcanzaba a escuchar, pero Borin permanecía pensativo. Aquellos orcos no habían mencionado ninguna cámara sellada, ni advertencias, ni espíritus; solo hablaban de armas y de reliquias capaces de fortalecer a su tribu. Ignoraban por completo el verdadero motivo por el que los antiguos enanos habían abandonado aquel lugar. Aquella conclusión apenas le proporcionó alivio, pues quienes desconocen un peligro suelen ser precisamente quienes terminan liberándolo.

La compañía decidió retirarse sin llamar la atención, aunque la ciudad comenzaba a demostrar que ningún plan sobrevivía intacto demasiado tiempo. Mientras recorrían un corredor secundario, uno de los guerreros enanos apoyó accidentalmente la bota sobre un fragmento de cerámica reseca. El chasquido resonó con una claridad insoportable.

Todos se inmovilizaron y, desde la galería inferior, llegó inmediatamente un gruñido.

—¿Quién anda ahí?

Varias antorchas comenzaron a moverse y Farin reaccionó al instante. Con un gesto silencioso indicó a los demás que se dispersaran por dos pasillos distintos; no podían permitirse una batalla en un terreno desconocido. Los primeros orcos aparecieron apenas unos segundos después. Haldor apagó la lámpara con la palma de la mano y la oscuridad envolvió el corredor, mientras los perseguidores avanzaban guiándose únicamente por el sonido. Borin apenas distinguía las siluetas de sus compañeros mientras descendían por una estrecha escalera excavada en la roca. Un grito estalló a sus espaldas, luego otro, y comprendieron que los orcos habían encontrado una bifurcación y discutían entre ellos sobre qué camino seguir. Farin aprovechó la confusión para conducir al grupo hacia una antigua galería de servicio cuya entrada permanecía parcialmente oculta tras un bloque desprendido. El espacio era tan angosto que debieron avanzar de lado durante varios metros, con los

pasos de los perseguidores resonando muy cerca. Durante unos interminables instantes nadie respiró, hasta que, por fin, los sonidos comenzaron a alejarse: los orcos habían escogido otro corredor. Solo entonces Farin permitió que el grupo continuara. Atravesaron una sucesión de pasadizos olvidados hasta desembocar en una pequeña estancia cuyas puertas de piedra aún conservaban intactos los mecanismos de cierre. Entre todos lograron mover una pesada hoja que encajó lentamente en su marco con un rumor apagado. El silencio regresó, pero esta vez era un silencio distinto. Ya no pertenecía a una ciudad abandonada, sino a un refugio improvisado en el que siete viajeros entendían que compartían aquellas profundidades con un enemigo que recorría las mismas galerías buscando un tesoro inexistente. Borin apoyó la espalda contra la puerta y cerró los ojos unos instantes. Habían conseguido ocultarse, pero también comprendió que el tiempo empezaba a jugar en su contra.

Cada sala que registraban los orcos los acercaba un poco más al secreto que los antiguos enanos habían intentado mantener sepultado durante siglos, sin sospechar siquiera que aquello que perseguían no era un arsenal olvidado, sino algo mucho más viejo y mucho más peligroso.

La oscuridad despierta

Ninguno de los miembros de la expedición durmió con verdadera tranquilidad. La pequeña cámara donde se habían refugiado permanecía protegida por una gruesa puerta de piedra, pero aquella barrera solo los aislaba de los orcos. El silencio que reinaba al otro lado no ofrecía consuelo. Era un silencio demasiado profundo, tan arcaico que parecía pertenecer a un tiempo anterior al recuerdo.

Farin organizó turnos de guardia mientras el resto descansaba. No encendieron más que una lámpara, cuya llama apenas conseguía iluminar el centro de la estancia. Las paredes permanecían sumidas en la penumbra; el borde de la luz parecía incapaz de vencer la oscuridad que se acumulaba en los rincones.

Borin aprovechó las primeras horas para estudiar de nuevo el mapa. Cuanto más lo observaba, más convencido estaba de que la Cámara de los Padres no formaba parte de la ciudad ceremonial. Los trazos finales del pergamino señalaban un nivel inferior, accesible únicamente a través de una galería que no aparecía representada en ninguna otra parte del plano.

—¿Has descubierto algo? —preguntó Nali en voz baja.

Borin señaló una línea apenas visible.

—Creo que hemos recorrido solo la superficie de este lugar. Hay algo más abajo.

—¿Un santuario?

—No lo sé. Pero quien dibujó este mapa no quería conducir a nadie hasta la ciudad. Quería conducirlo más allá de ella.

Nali guardó silencio unos instantes.

—¿Sigues pensando que debemos continuar?

Borin tardó en responder.

—Ayer habría dicho que sí sin dudarlo. Hoy... ya no estoy tan seguro.

Aquella vacilación sorprendió incluso al propio Borin.

No era el miedo a los orcos lo que comenzaba a inquietarlo. Había combatido contra ellos en otras ocasiones y conocía bien la brutalidad con que actuaban. Lo que le resultaba difícil de explicar era la sensación de que la ciudad entera permanecía alerta, como si sus muros aguardaran pacientemente algo que llevaba demasiado tiempo esperando.

Poco después de reanudar la marcha, encontraron la galería indicada en el mapa.

A diferencia del resto de los corredores, aquel pasadizo no mostraba relieves ni inscripciones. Las paredes aparecían completamente lisas, y el suelo había sido pulido con un cuidado extraordinario. Incluso el aire parecía diferente. Era más frío, más seco, y tenía un ligero olor mineral que ninguno logró identificar.

Haldor se detuvo de repente.

—¿Habéis oído eso?

Todos guardaron silencio. No llegaba ningún ruido desde delante ni desde detrás, solo el eco lejano de sus propias respiraciones.

—Nada —contestó Farin.

El explorador frunció el ceño.

—Me ha parecido escuchar a alguien.

Continuaron avanzando. Un centenar de pasos más adelante fue Dori quien volvió la cabeza.

—¿Quién ha dicho mi nombre?

Nadie respondió.

—He oído una voz.

—No ha hablado nadie —contestó Nali.

El herrero permaneció inmóvil unos segundos antes de reanudar la marcha.

—Habrá sido el eco.

Sin embargo, Borin advirtió que el tono con el que había pronunciado aquellas palabras carecía de convicción.

La galería desembocó finalmente en una gran cámara circular cuyo techo desaparecía entre las sombras. En el centro se alzaba un inmenso monolito de piedra negra, completamente liso, rodeado por siete anillos concéntricos grabados sobre el suelo. No había inscripciones, ni símbolos, ni señales de culto. Solo aquella roca oscura que parecía absorber la luz de las lámparas.

Borin se aproximó lentamente. La superficie era tan fría que casi quemaba al tocarla.

Entonces ocurrió.

No fue un sonido. Ni una luz. Fue una sensación.

Algo recorrió la estancia como una vibración apenas perceptible. Las llamas de las lámparas oscilaron al mismo tiempo y, durante un instante, las sombras parecieron deslizarse por las paredes en dirección contraria a la luz.

Haldor dio un paso atrás.

—No me gusta este lugar.

Nali observaba fascinado el monolito.

—Jamás he visto una piedra así.

Borin tampoco. No pertenecía al mismo tipo de roca que el resto de la montaña. Era más oscura, más compacta, como si hubiera llegado allí desde otro lugar.

Entonces comenzó a escuchar una voz. Muy débil. Tan lejana que al principio creyó haberla imaginado.

«Borin...»

Se volvió inmediatamente.

No había nadie.

La voz regresó. Esta vez era más clara. Reconoció el timbre antes incluso de comprender lo imposible de la situación. Era la voz de su abuelo. Aquel hombre había muerto muchos años atrás. Recordaba perfectamente el día de su funeral bajo la Montaña Solitaria. Sin embargo, aquella voz conservaba el mismo tono pausado con que le había enseñado de niño a distinguir las vetas de granito de las de basalto.

«Aún queda mucho por descubrir».

Borin cerró los ojos con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, la voz había desaparecido.

A unos pasos de distancia, Dori permanecía completamente inmóvil.

—¿Qué ocurre? —preguntó Farin.

El herrero tardó unos segundos en responder.

—He oído a mi madre.

Nadie se burló.

Nali levantó lentamente la cabeza.

—Yo también he escuchado a alguien.

Las miradas comenzaron a cruzarse. Solo Farin parecía conservar la calma.

—No escuchéis nada. Sea lo que sea este lugar, intenta distraernos.

Pero, incluso mientras pronunciaba aquellas palabras, el veterano volvió la cabeza hacia uno de los corredores laterales, como si también hubiera creído oír algo.

La tensión aumentó durante las horas siguientes. Mientras exploraban nuevas dependencias, las voces regresaban una y otra vez. Nunca gritaban. Nunca amenazaban. Siempre hablaban con la serenidad de un familiar querido. Un padre, una hermana, un antiguo maestro.

Haldor comenzó a responder en voz alta a alguien que solo él podía escuchar. Borin lo sujetó por el brazo.

—No hay nadie.

El explorador respiró agitadamente.

—Era mi hermano. Murió hace diez inviernos. Juraría que estaba caminando detrás de mí.

Farin reunió al grupo.

—Desde este momento nadie se separará.

Las órdenes resultaban sensatas, pero empezaban a perder eficacia. El ambiente parecía volverse más pesado conforme descendían. Las discusiones surgían por cualquier motivo.

Dori acusó a Nali de ocultar información sobre el mapa.

Nali respondió que el herrero solo pensaba en encontrar armas antiguas.

—Eso es mentira.

—¿Lo es?

—Siempre hablas de los talleres y de las forjas.

—¡Porque soy herrero!

—Quizá esperes encontrar algo más.

Farin tuvo que intervenir antes de que la discusión fuera a mayores. Sin embargo, ni siquiera él escapaba a la influencia de aquel lugar. Varias veces Borin lo sorprendió observando fijamente antiguos salones vacíos, como si esperara encontrar allí a alguien conocido.

La desconfianza comenzó a extenderse lentamente. Pequeños detalles que antes habrían pasado inadvertidos adquirirían ahora una importancia desmedida. ¿Por qué Haldor permanecía tanto tiempo explorando solo? ¿Por qué Dori insistía en revisar cada cámara? ¿Por qué Nali copiaba ciertas inscripciones y otras no? Preguntas que jamás se habrían formulado unos días antes empezaban a levantar sospechas entre compañeros que habían partido unidos desde Erebor.

Borin luchaba por mantener la claridad de pensamiento. Necesitaba comprender qué estaba ocurriendo.

La respuesta llegó al examinar una pared cubierta por antiguas marcas de cincel. No eran decoraciones; eran señales de contención. Las reconoció porque había estudiado sistemas similares utilizados para reforzar galerías inestables. Solo que aquellas no pretendían contener roca. Pretendían contener otra cosa.

Siguió las marcas hasta descubrir una inscripción casi borrada. Le costó varios minutos descifrarla. Cuando terminó de leerla, sintió un escalofrío.

No hablaba de un monstruo. Ni de un ejército.

Decía:

«La Sombra permanece donde la piedra la recuerde. No tiene carne. No tiene descanso. Alimenta el rencor y bebe de la memoria de los vivos».

Borin leyó el texto una segunda vez. Luego una tercera.

Todo comenzaba a adquirir sentido.

Los antiguos enanos no habían encerrado a una criatura capaz de destruir murallas. Habían confinado una presencia mucho más sutil. Un espíritu nacido en los días remotos de la Primera Edad, cuando las sombras de Morgoth se extendían todavía por gran parte del mundo. No poseía un cuerpo estable ni necesitaba uno. Vivía ligado a la montaña, aferrado a la piedra que lo aprisionaba desde hacía incontables siglos.

No podía abandonar Gundabad. Pero tampoco necesitaba hacerlo.

Le bastaba con influir sobre quienes descendían hasta sus dominios. Podía despertar viejos resentimientos. Convertir un desacuerdo en odio. Transformar el legítimo deseo de conservar la historia en una codicia insaciable. Y, sobre todo, conocía el camino hacia la memoria de cada visitante.

Por eso todos escuchaban voces distintas.

No eran los muertos quienes hablaban.

Era la montaña utilizando sus recuerdos.

Borin se volvió para comunicar su descubrimiento, pero las palabras murieron en sus labios. A pocos pasos de distancia, Dori discutía violentamente con Haldor, mientras Nali observaba el antiguo mapa con una expresión que Borin nunca le había visto: una mezcla de fascinación y avidez.

La oscuridad no había atacado sus cuerpos.

Había comenzado a conquistar algo mucho más vulnerable.

Sus voluntades.

El precio del conocimiento

Durante mucho tiempo después de descubrir la inscripción, Borin permaneció inmóvil ante la pared de piedra. Las voces habían cesado, pero la ausencia de aquel susurro resultaba casi tan inquietante como su presencia. Comprendía ahora la naturaleza del peligro al que se enfrentaban, aunque ese conocimiento no le proporcionaba una solución.

Habían llegado a Gundabad buscando respuestas.

Y las habían encontrado.

Pero las revelaciones de los antiguos rara vez eran sencillas.

Reunió al resto de la compañía y les explicó lo que había descubierto. Nadie habló durante varios minutos. Incluso aquellos que habían dudado de la existencia de un peligro oculto comprendieron que las discusiones, las sospechas y las voces no habían sido casualidades.

—Entonces los antiguos sabían que esto ocurriría —dijo Nali.

Borin asintió.

—Sabían que alguien volvería a encontrar este lugar. Por eso dejaron advertencias.

Farin miró el corredor que descendía hacia las profundidades.

—Y aun así estamos aquí.

Era una constatación. Todos habían elegido continuar.

Incluso después de la advertencia grabada en la puerta. Incluso después de ver cómo la ciudad había sido abandonada. Incluso después de escuchar voces que no pertenecían a nadie.

La diferencia era que ahora comprendían que no estaban buscando una cámara perdida.

Estaban acercándose a una prisión.

Borin volvió a examinar el mapa.

La ruta final parecía coincidir con las marcas de contención que había encontrado en los muros. La Cámara de los Padres no estaba oculta por casualidad. Se encontraba en el punto más profundo de la antigua ciudad, justo donde la montaña era más sólida.

—Si mis antepasados encerraron algo allí abajo —dijo—, debemos saber qué fue y cómo lo hicieron.

Farin lo observó en silencio.

—¿Y si descubrirlo empeora las cosas?

Borin bajó la mirada.

Era la misma pregunta que todos se habían hecho desde que cruzaron la puerta.

Finalmente respondió:

—Entonces tendremos que cargar con las consecuencias de haber llegado hasta aquí.

Continuaron descendiendo.

Esta vez avanzaron con mayor cuidado. Nadie se separaba. Nadie respondía a las voces. Cuando alguno creía escuchar un familiar llamándolo desde la oscuridad, los demás lo obligaban a detenerse y recordar dónde estaba.

La influencia del espíritu seguía presente.

Ahora que conocían su naturaleza, podían resistir mejor sus engaños.

Pero no podían ignorarlos.

A medida que bajaban, las galerías se volvían más antiguas. Las inscripciones cambiaban de forma y las piedras utilizadas en la construcción eran distintas de las de los niveles superiores. Ya no aparecían símbolos de reyes ni escenas de grandes obras.

Solo aparecía tres ideas repetidas una y otra vez:

Guardar.

Proteger.

Recordar.

Finalmente llegaron ante una puerta más pequeña que la entrada principal, aunque mucho más elaborada. No estaba hecha para impresionar a quienes la contemplaran desde fuera. Estaba hecha para resistir.

En su superficie no había ninguna amenaza.

Solo un nombre.

Borin acercó la lámpara.

Las runas eran tan antiguas que tuvo que leerlas varias veces.

—La Cámara de los Padres.

Nali contuvo la respiración.

Durante siglos habían existido leyendas sobre aquel lugar. Algunos creían que contenía las riquezas de los primeros clanes. Otros imaginaban armas creadas antes de que los grandes reinos enanos existieran.

La realidad era mucho más sencilla y, precisamente por ello, mucho más importante. La puerta se abrió sin resistencia y al otro lado no había cofres, ni montañas de oro, ni armas preparadas para una guerra futura. La Cámara de los Padres era un archivo, un auténtico santuario de la memoria.

Las paredes estaban cubiertas por estanterías de piedra donde descansaban cientos de tablillas cuidadosamente ordenadas. En el centro de la sala había varias mesas donde se conservaban herramientas antiguas: martillos, cinceles y compases de diseño primitivo; objetos utilizados por los primeros artesanos para dar forma a sus hogares bajo las montañas.

Nali caminó entre ellas con lágrimas en los ojos.

—No buscaban riquezas.

Borin negó lentamente.

—Nunca las buscaron.

Comprendieron entonces el verdadero propósito de la cámara. Aquello no era un tesoro, sino un legado. Entre las tablillas encontraron genealogías completas que se remontaban a los primeros linajes de Durin. Allí estaban los nombres de generaciones olvidadas; artesanos cuyos trabajos habían desaparecido de todos los registros conocidos y familias enteras que se habían perdido durante las guerras de las primeras edades. También encontraron juramentos que no eran promesas de conquista, sino compromisos de vigilancia. Los primeros habitantes de Gundabad habían comprendido que aquello que dormía bajo la montaña no podía ser destruido, solo contenido.

Borin pasó varias horas descifrando las tablillas principales. Cuando terminó, comprendió la verdad. El espíritu no había sido encontrado por accidente. Había llegado hasta allí en tiempos antiguos, cuando las sombras de Morgoth todavía marcaban la Tierra Media. No era un servidor poderoso como los grandes males de las leyendas, pero sí una presencia capaz de corromper voluntades y alimentarse de los deseos ocultos. Los primeros enanos no lo vencieron: lo encerraron. Para hacerlo sacrificaron su propia ciudad. Gundabad no fue abandonada por una derrota, sino por elección. Sus habitantes sellaron las cámaras inferiores, destruyeron caminos y ocultaron los archivos para que nadie intentara recuperar lo que habían dejado atrás. Habían preferido perder su hogar antes que permitir que aquella oscuridad escapara.

Borin permaneció en silencio. Toda la historia de Gundabad había sido malinterpretada durante siglos. Los enanos posteriores habían visto una ruina, pero sus antepasados habían visto un sacrificio.

—Tenemos que irnos —dijo Farin.

Por primera vez, nadie discutió.

Pero, antes de que pudieran recoger los documentos más importantes, un estruendo recorrió la montaña.

Las paredes temblaron.

Desde los niveles superiores llegó un sonido que ninguno confundió.

Gritos.

Orcos.

Habían encontrado el camino.

—Nos han seguido —dijo Haldor.

Farin apagó dos lámparas.

—Coged solo lo necesario. El resto debe permanecer aquí.

La compañía apenas tuvo tiempo de prepararse.

Los orcos irrumpieron en la cámara unos minutos después. Habían seguido las señales de los viajeros y avanzaban convencidos de que aquel lugar ocultaba las armas que buscaban. El caudillo entró entre sus guerreros, observando las tablillas y las herramientas con desprecio.

—¿Esto es todo?

Golpeó una mesa de piedra.

—¿Estos son los secretos de los enanos?

Uno de sus subordinados encontró una puerta lateral sellada con antiguos símbolos.

—Mi señor, aquí debe estar lo que buscamos.

El caudillo sonrió. No escuchó las advertencias grabadas ni comprendió las marcas de contención; solo vio un obstáculo y ordenó romper la puerta. Los primeros golpes hicieron vibrar la sala y Borin sintió que algo cambiaba. No era un sonido, sino una presión, como si una presencia invisible hubiera abierto los ojos.

—Detenedlos —murmuró.

Pero ya era tarde. La puerta lateral comenzó a agrietarse y los antiguos sellos, debilitados por siglos de abandono, empezaron a romperse uno tras otro. Cada símbolo destruido liberaba una parte de la prisión. El aire se volvió más frío, las lámparas comenzaron a apagarse y los orcos dejaron de reír. Incluso ellos comprendieron que algo no iba bien. Desde las profundidades llegó un murmullo. No era una voz; era la montaña recordando. El espíritu que había permanecido encerrado durante incontables generaciones comenzó a extenderse de nuevo por la piedra. Los antiguos enanos habían sacrificado una ciudad entera para mantenerlo dormido y ahora, por la ambición de quienes nunca habían conocido la verdad, una nueva era de oscuridad amenazaba con surgir.

La decisión

La primera reacción de todos fue intentar detener el avance de aquello que había despertado.

Farin ordenó retroceder. Los guerreros enanos formaron una línea frente al corredor por el que la neblina oscura comenzaba a extenderse, aunque incluso ellos comprendían que no se enfrentaban a un enemigo al que pudiera detenerse con acero.

Las antorchas parpadeaban sin que hubiera viento y las sombras se alargaban por las paredes, moviéndose como si obedecieran a una voluntad propia. No era una criatura la que se cernía sobre ellos; era la propia piedra respondiendo a una presencia que había permanecido dormida durante siglos. Uno de los orcos lanzó un grito y descargó su espada contra la oscuridad, pero el golpe no encontró nada. Durante un instante reinó el silencio. Después, el orco comenzó a reír. No era una risa de triunfo, sino una risa vacía, como si alguien hubiera desenterrado en su mente un recuerdo que prefería no volver a contemplar. Poco después cayó de rodillas y los demás retrocedieron. Por primera vez desde que

habían entrado en Gundabad, los orcos parecían comprender que aquello no era una fortaleza abandonada ni una cámara de armas perdidas. Habían abierto algo que ni siquiera ellos podían controlar.

Borin observaba las marcas de la cámara con desesperación. Los antiguos sellos estaban rotos; no destruidos por completo, pero sí dañados de una forma que hacía imposible restaurarlos. Los primeros enanos habían utilizado una combinación de arquitectura, runas y juramentos para contener al espíritu; no había sido una simple puerta cerrada con piedra. Toda la ciudad formaba parte de la prisión. Cada columna, cada muro y cada galería cumplían una función. Gundabad no había sido construida alrededor de aquella oscuridad, sino transformada en una cerradura gigantesca.

—¿Podemos volver a sellarla? —preguntó Nali.

Borin no respondió inmediatamente.

Siguió leyendo las inscripciones antiguas mientras el sonido de la montaña cambiaba a su alrededor.

Finalmente, negó con la cabeza.

—No como estaba antes.

El cronista apretó los labios.

—Debe existir otra forma.

—La hubo.

Borin señaló las paredes.

—Nuestros antepasados no intentaron destruirlo porque no podían hacerlo. Lo encerraron aquí. Pero, para mantenerlo encerrado, necesitaban una ciudad intacta, con todos sus sellos funcionando.

Farin comprendió antes que nadie.

—Y ahora la ciudad está rota.

Borin asintió.

—Han pasado demasiados siglos. Los sellos principales han perdido fuerza. Aunque pudiéramos reparar una parte, quedarían demasiadas grietas.

Dori miró hacia la oscuridad que avanzaba lentamente.

—Entonces busquemos otra prisión.

Borin bajó la vista.

No quería pronunciar las palabras que todos empezaban a comprender.

—No hay otra.

Durante unos momentos nadie habló. La idea parecía demasiado grande para aceptarla. La ciudad que habían buscado, el lugar donde esperaban encontrar las raíces de su pueblo y la obra de generaciones enteras de enanos tendrían que perderse otra vez, pero esta vez de forma definitiva.

Haldor observó las enormes columnas de la cámara.

—¿Qué estás pensando?

Borin tardó en contestar.

—Que si Gundabad fue la cerradura, quizá también pueda convertirse en la tumba.

Farin lo miró fijamente.

—Explícate.

El ingeniero extendió el mapa sobre la mesa de piedra.

—Las cámaras inferiores están conectadas por enormes pilares de carga. Nuestros antepasados diseñaron la ciudad para resistir terremotos y guerras. Pero, si destruimos los puntos adecuados, toda la estructura puede colapsar sobre las zonas más profundas.

Nali entendió la idea antes que nadie. Su expresión cambió.

—La encerraríamos bajo la montaña.

Borin asintió.

—Para siempre.

El silencio que siguió fue más doloroso que cualquier grito, porque todos comprendieron el verdadero precio de la decisión. No perderían una mina, ni un puesto avanzado, ni una fortaleza secundaria; perderían una parte de su historia. La Cámara de los Padres desaparecería junto con las genealogías, las herramientas de los primeros artesanos y los registros que podían llenar siglos de lagunas en la memoria del pueblo enano. Todo quedaría sepultado.

Dori fue el primero en apartar la mirada.

—Después de tanto tiempo buscando este lugar...

No terminó la frase.

Nali acarició una de las tablillas que había conseguido rescatar.

—Durante generaciones hemos creído que conservarlo todo era nuestro deber.

Borin lo miró.

—¿Y ahora?

El cronista guardó silencio unos instantes antes de responder.

—Ahora creo que nuestros antepasados entendieron algo que nosotros olvidamos. La memoria no sirve de nada si, para conservarla, ponemos en peligro todo aquello que todavía vive.

Farin colocó una mano sobre el hombro de Borin.

—La decisión no será fácil.

Borin observó la cámara una última vez. Había imaginado aquel momento de muchas maneras desde que encontró el mapa. Había pensado en descubrir salones perdidos, recuperar conocimientos olvidados y devolver a Erebor una parte de su pasado. Nunca imaginó que el mayor descubrimiento sería aprender por qué algo debía permanecer perdido.

—No —respondió finalmente—, pero debe hacerse.

El acuerdo fue inmediato. No porque todos estuvieran convencidos, sino porque todos comprendían la responsabilidad que recaía sobre ellos. Prepararon lo necesario con rapidez. Borin estudió la estructura de la ciudad mientras Farin organizaba la retirada. Dori seleccionó las herramientas capaces de trabajar la antigua piedra y Haldor comenzó a buscar una ruta segura hacia la salida.

Los orcos supervivientes habían desaparecido. Algunos habían huido hacia las galerías superiores y otros se habían perdido en la oscuridad que ellos mismos habían liberado. Nadie intentó perseguirlos. Ya no importaban. El verdadero peligro estaba bajo sus pies.

Antes de abandonar la Cámara de los Padres, Nali escogió cuidadosamente qué documentos llevarían consigo. No podía salvarlo todo, y aquella fue la parte más difícil. Cada tablilla representaba una vida perdida, una familia olvidada, una voz que había esperado siglos para ser escuchada. Pero el tiempo no permitía elegir con calma. Al final tomó solo aquello que podía transportar. Lo demás quedó en su lugar.

Borin fue el último en abandonar la cámara. Apagó la lámpara central y permaneció unos segundos en la oscuridad. Pensó en los primeros enanos que habían caminado por aquellos pasillos, en quienes habían construido aquella ciudad sabiendo que quizá nadie recordaría su sacrificio. Comprendió entonces que la verdadera herencia que dejaban no era la piedra. Era la decisión. Los antiguos habían elegido perder su hogar para proteger el mundo. Ahora les correspondía a ellos hacer lo mismo.

Cuando regresó junto a los demás, Farin esperaba la señal. Borin asintió. No hubo discursos ni palabras solemnes. Solo el movimiento de unas manos preparando las cargas y los

últimos mecanismos, porque algunas despedidas son demasiado grandes para ser expresadas.

Y mientras las primeras grietas comenzaban a extenderse por las profundidades de Gundabad, los viajeros comprendieron que estaban a punto de destruir el lugar que tanto habían deseado hallar.

El derrumbe

El tiempo dejó de medirse en horas. Desde el momento en que Borin dio la orden de iniciar el colapso de Gundabad, cada instante adquirió un peso distinto. Ya no avanzaban para descubrir, ni exploraban para comprender. Ahora recorrían aquella ciudad antigua con un único propósito: convertirla en una prisión definitiva.

La ironía no escapaba a ninguno de ellos. Habían pasado tantos días siguiendo un mapa olvidado, buscando una cámara que podía revelar los secretos más antiguos de su pueblo, y ahora eran ellos quienes se preparaban para echar abajo todo lo que habían buscado.

Pero la duda ya no tenía lugar. Borin y Dori trabajaron juntos en los puntos donde la estructura era más vulnerable. La antigua ingeniería enana había sido diseñada para soportar siglos de desgaste, pero también poseía una lógica que permitía comprender cómo respondía la piedra bajo presión. No era una tarea sencilla. No bastaba con derribar una pared o romper una columna. Un derrumbe descontrolado podía abrir nuevos caminos hacia las profundidades y liberar todavía más la presencia que intentaban encerrar. Tenían que hacer caer la ciudad sobre sí misma. Deseaban que las propias obras de los antiguos se convirtieran en la última barrera.

—Aquí —dijo Borin mientras señalaba una unión entre dos grandes pilares—. Si socavamos este punto, la galería inferior perderá su apoyo.

Dori examinó la estructura.

—Y arrastrará consigo la sala ceremonial.

Borin asintió.

—Después caerán los niveles inferiores.

El herrero miró hacia la oscuridad que se extendía más allá.

—Una obra de miles de años destruida en una noche.

Borin no respondió.

Mientras preparaban los últimos mecanismos, el espíritu intentó resistirse. La oscuridad se movía por las paredes como una sombra líquida y las voces regresaron con mayor fuerza, buscando abrir una grieta en la voluntad de cada uno.

Borin volvió a escuchar a su abuelo. Esta vez la voz era más clara.

«¿Vas a destruir lo que nuestros antepasados construyeron?»

Durante un instante, sus manos se detuvieron. La pregunta no contenía amenaza; ese era precisamente el peligro. La voz parecía llena de tristeza.

«Todo ese conocimiento desaparecerá contigo».

Borin cerró los ojos. Recordó entonces las palabras de Nali. La memoria no servía para nada si para conservarla ponían en peligro todo aquello que todavía vivía. Abrió los ojos.

La voz desapareció.

—No eres él —murmuró.

La oscuridad no respondió, pero durante unos segundos pareció retroceder, como si hubiera comprendido que aquel engaño ya no funcionaba.

Entonces llegaron los orcos. El primer grito resonó desde la galería superior. Después, se oyeron los pasos. Docenas de ellos. La tribu había sobrevivido a la confusión provocada por el despertar del espíritu y ahora descendía siguiendo el rastro de la compañía.

El caudillo apareció entre las sombras con varios guerreros detrás. Su rostro ya no mostraba la arrogancia de antes. Había visto demasiado. Había comprendido que las armas que buscaba no existían, pero la rabia había sustituido a la ambición.

—¡Enanos! —rugió—. Habéis encontrado lo que pertenece a mi pueblo y ahora queréis enterrarlo.

Farin avanzó hasta colocarse delante del resto.

—No pertenece a nadie.

El orco levantó su arma.

—Todo lo que está bajo una montaña pertenece a quien pueda tomarlo.

Farin sonrió con cansancio.

—Esa frase ha destruido más reinos de los que puedes imaginar.

Los orcos cargaron y el corredor se llenó de acero, gritos y ecos. Los guerreros enanos sostuvieron la primera embestida junto a Farin mientras Borin y Dori terminaban de preparar los últimos mecanismos. No había espacio para grandes movimientos. Las paredes obligaban a combatir cuerpo a cuerpo y cada golpe hacía temblar el suelo bajo sus pies.

Haldor disparaba desde una posición elevada, buscando frenar a los enemigos que intentaban rodearlos. Nali protegía las tablillas recuperadas, aunque incluso él comprendía que quizá no saldrían todos de allí.

El combate fue brutal. Los orcos luchaban con desesperación, pero algo había cambiado en ellos. Ya no combatían por conquistar una ciudad. Peleaban porque tenían miedo. El espíritu también los había tocado y algunos preferían enfrentarse a los enanos antes que permanecer un instante más bajo aquella montaña.

Farin combatía en primera línea. Su hacha se movía con precisión, no con furia. Cada golpe tenía el peso de una vida entera dedicada al deber.

Borin terminó los preparativos y regresó hacia el corredor.

—¡Está listo!

Farin escuchó la señal. Miró la distancia que quedaba hasta la salida y después observó a los enemigos que todavía bloqueaban el paso. Comprendió lo que debía hacer.

—Marchaos.

Borin negó.

—No.

El veterano lo miró con firmeza.

—Eso no es una petición.

Los demás entendieron antes que él.

Farin se quedaría atrás.

—La puerta debe cerrarse desde aquí —dijo—. Alguien tiene que asegurar que ninguno de ellos os siga.

Borin sintió que quería protestar, buscar otra solución, encontrar otra salida. Pero no había tiempo.

Farin colocó una mano sobre su hombro.

—Has encontrado algo más importante que una ciudad perdida, muchacho. Has entendido por qué se perdió.

Por un instante pareció más viejo que nunca. Luego, levantó el hacha.

—Ahora id.

Borin se obligó a obedecer. Haldor lo agarró del brazo y lo arrastró hacia la salida mientras, detrás de ellos, el combate continuaba. El último sonido que escucharon de Farin fue

el grito de batalla de un capitán que había decidido no retroceder. Después llegaron los golpes. Y, finalmente, el silencio.

Haldor y Borin apenas habían alcanzado el corredor principal cuando activaron el primer mecanismo. La montaña respondió. Al principio fue un temblor leve, después, un rugido profundo que pareció recorrer todas las raíces de Gundabad.

Las columnas comenzaron a quebrarse. Los techos se agrietaron. Las antiguas salas ceremoniales, los archivos y los pasillos construidos por generaciones desaparecieron bajo toneladas de piedra. Los orcos que aún permanecían en las profundidades huyeron en todas direcciones, pero no había salida suficiente para todos.

La oscuridad intentó extenderse. Por primera vez desde su despertar, pareció sentir algo parecido al miedo, porque la montaña que durante siglos había sido su prisión volvía a encerrarla.

Borin y Haldor corrieron mientras las galerías colapsaban detrás de ellos. Rocas enormes caían a sus espaldas y una nube de polvo avanzaba como una tormenta. Llegaron al antiguo corredor de entrada justo cuando la última parte de la ciudad comenzaba a hundirse.

Borin volvió la mirada. Durante un instante creyó ver una sombra inmensa entre las grietas de la piedra. No tenía forma. No tenía rostro. Solo era una presencia atrapada bajo toneladas de roca.

Entonces la montaña cerró sus entrañas.

El estruendo fue tan poderoso que incluso desde el exterior los picos cercanos respondieron con ecos lejanos. Gundabad había cambiado para siempre. La ciudad de los primeros padres había quedado enterrada junto con sus salones, sus archivos y sus secretos. Todo desapareció bajo la roca, así como aquello que había esperado durante siglos bajo sus ciimientos.

Cuando el último fragmento de piedra cayó sobre las profundidades, la presencia oscura quedó sepultada bajo millones de toneladas de roca. No había sido destruida, pero sí contenida una vez más. Y esta vez, los enanos sabían exactamente por qué debía permanecer allí.

El regreso

El camino de vuelta a Erebor fue más largo que el de ida.

No porque las montañas hubieran cambiado, ni porque las distancias fueran mayores, sino porque quienes regresaban ya no eran los mismos que habían partido. La compañía que había abandonado la Montaña Solitaria semanas atrás estaba formada por siete viajeros convencidos de que iban a recuperar una parte olvidada de su historia.

Ahora solo regresaban seis: Borin, Nali, Dori y Haldor junto a los dos guerreros.

Farin no recibió una tumba tallada ni un monumento bajo las bóvedas de Erebor. Su última morada era una ciudad perdida bajo una montaña extranjera, junto a los mismos antepasados cuya memoria había defendido hasta el último momento.

Borin pensaba a menudo en ello mientras caminaban. Al principio había sentido una profunda injusticia. Farin había merecido regresar, escuchar los relatos de los salones, recibir los honores de su pueblo y contemplar el reconocimiento de quienes comprendieran el sacrificio que había realizado. Pero, con el paso de los días, comenzó a pensar de otra manera. Quizá el viejo capitán había terminado exactamente donde debía: protegiendo una puerta que nadie más debía abrir.

El regreso por las rutas del norte fue silencioso. No hubo conversaciones largas junto al fuego ni discusiones sobre lo que habían encontrado. Cada uno cargaba con sus propios recuerdos, y algunos eran demasiado pesados para compartirlos.

Nali llevaba consigo las tablillas recuperadas, envueltas cuidadosamente en capas de tela. Las protegía como si fueran frágiles criaturas dormidas.

Dori transportaba varias herramientas antiguas que habían logrado salvar de la Cámara de los Padres. No eran armas legendarias ni objetos de gran valor material; eran instrumentos sencillos utilizados por artesanos desconocidos hacía miles de años.

Para él tenían más importancia que cualquier tesoro.

Haldor caminaba a menudo separado del grupo. El explorador humano había visto cosas que jamás habría imaginado encontrar bajo las montañas y, aunque hablaba poco, Borin sabía que tampoco olvidaría las voces que habían intentado engañarlos.

Cuando finalmente las murallas de Erebor aparecieron ante ellos, ninguno sintió la alegría que había esperado. Sintieron alivio. La noticia de su llegada se extendió rápidamente por la montaña y los guardias los condujeron hasta los salones del consejo, donde Dáin Pie de Hierro esperaba recibirlos. El rey había envejecido desde su partida, o quizá simplemente parecía más viejo porque quienes regresaban traían consigo la expresión de quienes habían visto cosas que no podían olvidarse. Dáin escuchó el relato completo sin interrumpir.

Borin habló de la ciudad ceremonial, de la Cámara de los Padres, del espíritu unido a la piedra, del derrumbe y de Farin. Cuando terminó, el silencio llenó la estancia. Algunos consejeros intercambiaron miradas de incredulidad y otros parecían aceptar solo una parte de la historia. No era extraño. Los enanos de Erebor conocían las antiguas leyendas, pero incluso para ellos resultaba difícil creer que una ciudad entera hubiera sido abandonada por una razón semejante. Uno de los ancianos observó las pocas tablillas recuperadas.

—¿Todo eso es cuanto habéis traído?

La pregunta no contenía malicia, solo decepción. Borin sintió el peso de responder. Habían arriesgado sus vidas, habían perdido compañeros, habían destruido una ciudad, y lo que regresaba con ellos cabía sobre una mesa. Antes de que pudiera hablar, Dáin tomó una de las tablillas y la examinó durante largo rato.

—Decidme algo.

Todos guardaron silencio.

—¿Cuántos años de historia contiene una sola vida?

Nadie respondió. El rey dejó la piedra sobre la mesa.

—Porque eso es lo que habéis traído.

Miró a los presentes.

—No habéis regresado con oro. Ni con armas. Ni con una fortaleza que reclamar. Habéis regresado con la prueba de que nuestros antepasados hicieron un sacrificio para proteger a quienes vendrían después.

Su mirada se detuvo en Borin.

—Una expedición que busca riquezas puede fracasar si vuelve con las manos vacías.

Hizo una pausa.

—Pero una expedición que descubre una verdad y evita una desgracia no ha fracasado.

Aquellas palabras permanecieron con Borin durante muchos años. Las tablillas fueron trasladadas a los archivos reales y los nombres recuperados se copiaron cuidadosamente para que no se perdieran otra vez. La historia completa de Gundabad nunca pudo reconstruirse, porque la mayor parte permanecía sepultada bajo la montaña, y quizá era mejor así. Con el tiempo, la muerte de Farin fue recordada junto a otros grandes sacrificios de la historia de los enanos; no como la pérdida de un guerrero, sino como la de un guardián.

Tiempo después, Borin volvió a trabajar en las galerías de Erebor. La piedra seguía hablando, los muros seguían necesitando cuidados y la montaña continuaba siendo la misma, pero él ya no escuchaba la roca de la misma forma.

Una tarde subió hasta un punto elevado desde donde podía contemplar las lejanas siluetas de las Montañas Grises. Sabía que allí, bajo una de aquellas cumbres, permanecía enterrada una ciudad que su pueblo había deseado recuperar durante siglos. Comprendía también que muchos enanos seguirían soñando con encontrar caminos perdidos, cámaras ocultas y obras de sus antepasados. Era parte de ellos. Los enanos construían porque amaban la permanencia y recordaban porque temían perder aquello que les había dado identidad.

Pero Borin había aprendido algo diferente. No todo lo perdido debía recuperarse ni toda puerta antigua estaba esperando ser abierta. Algunas habían sido cerradas por miedo, otras por ignorancia, pero las más importantes habían sido cerradas por sabiduría. Y mientras observaba las montañas en silencio, comprendió que el mayor legado de los antiguos no era la piedra que dejaron atrás, sino la decisión de saber cuándo dejar una puerta cerrada.

FIN